

El fanatismo de la vida cotidiana

Mercedes Puchol Martínez

El motivo por el que he decidido titular mi conferencia de hoy *El fanatismo de la vida cotidiana* es porque, a través de esta, deseaba profundizar en el fanatismo no tanto como organización o estructura de la mente que encontramos en determinados individuos y que, desgraciadamente y de forma dramática ocupan bastantes de las portadas de nuestros periódicos y noticiarios, sino que mi intención es referirme a todas aquellas situaciones y fenómenos que forman o pueden formar parte de nuestra cotidianidad o de nuestro vivir común. Desde esta perspectiva, estos rasgos o funcionamientos fanáticos, que pueden expresarse de diversas formas, responderían a una potencialidad inherente a todos nosotros que puede manifestarse en diferentes contextos y situaciones dando lugar a estados mentales fanáticos o áreas fanáticas de la personalidad que derivarían en funcionamientos o actuaciones de este tipo con diferente grado de intensidad y extensión en las personas.

Tal y como nos recuerda Amos Oz (2003, p.13) en su libro *Contra el fanatismo*: «El fanatismo es más viejo

que el islam, que el cristianismo, que el judaísmo. Más viejo que cualquier Estado, gobierno o sistema político. Más viejo que cualquier ideología o credo del mundo. Desgraciadamente, el fanatismo es un componente siempre presente en la naturaleza humana, un gen del mal, por llamarlo de alguna manera».

Desde este vértice, podríamos decir que el fanatismo no sería algo propio de una cultura, una ideología, una nación o una religión, sino que es algo que se puede adherir a todo ello formando parte de todos nosotros como una potencialidad en nuestro interior. En este sentido, el fanatismo no sería definido por una idea o enunciado, sino esencialmente, por «un uso que se adhiere firme y tenazmente a cualquier enunciado [...], emoción, idea, sentimiento o teoría haciéndole adquirir lo que denominamos la cualidad fanática» (Sor y Senet, 1992, p.262). Desde esta perspectiva, entonces, podríamos decir que cualquier enunciado, idea o acción podría ser susceptible de ser fanatizada, más allá de que haya ciertos ámbitos que puedan ser más proclives que otros a que se produzca este fenómeno.

Precisamente Ana María Martín Solar (2015) nos mostró, a través de su anterior conferencia *Fanatismo y familia*, cómo el fanatismo se podía gestar dentro del ámbito familiar cuando se producía un *secuestro de la identidad* que podía conducir a que los mensajes de los Otros, los progenitores, se alojaran adhesivamente en la mente del niño, sin que este pudiera usarlos de una forma propia y original, al tiempo que el niño se podía sentir obligado a someterse a determinados mandatos y a renunciar a su libertad de pensamiento. En este contexto, ella también recordaba que el propio Amos Oz (2003, p. 28-29) nos transmitía en su libro *Contra*

el fanatismo que: «El fanatismo comienza en casa. Precisamente por la urgencia tan común de cambiar a un ser querido por su propio bien. [...]. Comienza por la urgencia de decirle a un hijo: “tienes que hacerte como yo, no como tu madre” o “tienes que hacerte como yo, no como tu padre” o “por favor, sé muy diferente de ambos”. O cuando los cónyuges se dicen entre sí: “tienes que cambiar, tienes que hacerte como yo o de lo contrario este matrimonio no funcionará”. Con frecuencia, comienza por la urgencia de vivir la propia vida a través de la vida de otro. De anularse uno mismo para facilitar la realización del prójimo o el bienestar de la generación siguiente».

En relación con todo esto podemos decir, entonces, que aún los estamentos más supuestamente benévolos o beneficiosos pueden estar sujetos a un uso fanático, como pueden ser la institución familiar o educativa. Sin necesidad de apelar a ideas políticas que, obviamente, pueden ser fáciles presas del fanatismo, cualquier idea referida al cuidado de los niños, a su higiene, a su educación, y a las relaciones entre personas y otras cosas puede ser portadora de una idea máxima que se imponga al modo de un dogma.

En otro contexto, incluso el propio campo científico puede estar, paradójicamente, lleno de usos fanáticos. De hecho, desde hace tiempo, ha habido voces que han puesto de relieve la sacralización del saber científico y las posibles actitudes imperialistas de la ciencia que conducen al oscurecimiento de sus propias finalidades y consecuencias. El sueño cientifista también ha sido denunciado en nombre de las motivaciones desconocidas que pueden subyacer a él: el dominio, la exclusión del azar y el control. Para ilustrar de una

forma extrema el nivel al que podría llegar un uso fanático de la ciencia y la tecnología, podemos pensar en la famosa novela de A. Huxley *Un mundo feliz*, a través de la que el escritor describe una sociedad distópica o antiutópica en la que los hombres son supuestamente *felices*, pero no libres. A través de esta obra literaria podemos vislumbrar la dura crítica del autor hacia la deriva que fantaseaba podía tomar la sociedad occidental, así como el fuerte ataque a los sistemas totalitarios que se sirven de la ciencia y la tecnología, entronadas en la categoría de bienes supremos, para controlar los pensamientos y acciones de la gente. Esta novela, de vigente actualidad, también nos puede hacer pensar en la continua manipulación mediática a la que estamos expuestos, y en cómo podemos hacernos no solo receptores, sino también agentes muchas veces inconscientes de continuos eslóganes sociales que pueden vehiculizar una «violencia de lo invisible o un poder sin nombre» (Moreno, 1995, p.20). Por ejemplo, algunas de las máximas morales de la sociedad fantaseada por A. Huxley (1932) podían ser: «¡Viva la promiscuidad y fuera los lazos emocionales!», «No dejes para mañana la diversión que puedas tener hoy», «Cuando el individuo siente la comunidad se resiente», etc. Eslóganes que podemos encontrar en la sociedad actual del año 2015, sin necesidad de tener que esperar al lejano futuro en que A. Huxley los ubicaba. Conjuntamente, nosotros podríamos añadir a los eslóganes propuestos por A. Huxley en su novela muchos otros eslóganes que impregnan nuestra sociedad.

En esta misma línea, podemos pensar en lo que la psicoanalista Eloísa Castellano (2015) denominó, durante uno de los coloquios de este ciclo de conferencias,

como «el fanatismo de lo políticamente correcto». En este contexto, Eloísa Castellano mencionaba el ejemplo de un niño a cuyos profesores les costaba entender que no le gustara el fútbol. De esta forma, podemos observar cómo determinados eslóganes, emblemas, prejuicios y pautas de conducta tienden a uniformizarnos y homogeneizarnos como sujetos, llevándonos a perder una de las cosas más preciadas: nuestra libertad de elegir y nuestra singularidad.

En otro orden de cosas, podemos también encontrarnos con otro tipo de actitudes sociales que pueden representar lo que algunas destacadas figuras del mundo de la cultura han pasado a considerar como «el resultado de la generalización de un modelo de lo que debe ser la educación y del valor de la cultura que ha terminado por convertirse en el nuevo sentido común dominante» (Cruz, 2015). En relación con esto, el filósofo Manuel Cruz describía en un artículo periodístico este tipo de actitudes de una forma muy elocuente e ilustrativa. Decía Manuel Cruz (2015): «No me quedó otro remedio que enterarme porque lo proclamaba a voz en grito desde la mesa de al lado. La muchacha, que, a la vista de sus modales, su manera de hablar y su forma de vestir, parecía pertenecer a una clase social acomodada, intentaba disuadir de su idea de llevar a cabo un crucero por los fiordos noruegos como viaje de novios a una de las amigas con las que compartía mesa. Ella, explicaba, ya había hecho tiempo atrás ese mismo crucero con su familia y había regresado decepcionada. El motivo de su decepción no podía ser más concluyente: “Visto uno, vistos todos”, sentenciaba a modo de resumen de su aburrida experiencia. La sentencia de la chica –sigue diciendo Manuel Cruz– me

recordó la de aquel fontanero que apareció un día por casa para arreglar un escape y que, al comentarle yo que le había llamado con urgencia porque estaba a punto de salir de viaje hacia Roma, me hizo saber que él no conocía la ciudad, pero que ello era debido a que, afirmó textualmente: “A mí Roma no me llama”».

En este contexto, Manuel Cruz (2015) planteaba lo siguiente: «Supongo que he asociado las dos situaciones porque en ambas sus protagonistas se movían con análogo desparpajo, con una similar seguridad. Sin embargo, vale la pena constatar una importante diferencia entre ellos. El fontanero era, de manera manifiesta, un hombre de escasos estudios, mientras que mi vecina de mesa con toda probabilidad había cursado alguna carrera universitaria. Sin embargo, sus afirmaciones resultaban perfectamente intercambiables: “Los fiordos no me llaman”, podía haber dicho él; “¿Ciudades con monumentos? Vista una, vistas todas”, podía haber declarado ella. No deja de ser significativo (y preocupante) —concluye el filósofo— que en nuestros días empiecen a parecerse tanto, a reaccionar de maneras tan intercambiables, personas con estudios superiores y personas que apenas han superado los niveles educativos más básicos».

Pienso que estos dos ejemplos de la vida cotidiana que Manuel Cruz nos trae a colación nos pueden servir para introducirnos en el origen y las características de los funcionamientos fanáticos de la mente. De este modo, si nos paramos a pensar, podemos observar que en ambos ejemplos aparece lo que este filósofo considera como un fenómeno muy característico de nuestro tiempo, y este es: «que los ignorantes anden crecidos». Siguiendo sus palabras, podemos comenzar

a adentrarnos en las características del fanatismo de la vida cotidiana, siendo una de las principales la arrogancia, a la que, precisamente, el psicoanalista W. Bion (1967) le dedicó un artículo en el que estudiaba este fenómeno en profundidad. Parafraseando al poeta Antonio Machado, podríamos decir que *el fanático desprecia cuanto ignora*. Sin embargo, la arrogancia no solo se presenta unida a la ignorancia sino que, en muchos momentos, también puede desplegarse en aquellas situaciones en que una persona se sirve del lugar que ocupa frente a otros como garante de un supuesto saber o de un supuesto conocimiento sobre algo o sobre alguien para ejercer un abuso de poder o colocarse en un lugar de superioridad y desprecio del otro. De esta forma, lo que en un primer momento podía corresponder al enriquecimiento del yo a través de la adquisición de conocimientos, cuando estos son usados de modo arrogante muestran no solo el ejercicio del sadismo y el intento de manipulación sobre el otro, sino también el fracaso de la inteligencia o la expresión de una «inteligencia fracasada», tal y como la definiría el filósofo José Antonio Marina (2004). Sin embargo, es importante que la arrogancia pueda ser diferenciada del legítimo orgullo que puede derivar de los logros que la persona ha ido adquiriendo a través de su pensamiento.

Junto con la arrogancia, podemos vislumbrar también, a través del ejemplo anterior, cómo entre los individuos de un grupo heterogéneo puede llegar a configurarse lo que W. Bion (1961) denominaba una mentalidad grupal, que implica que el grupo pueda llegar a funcionar como una unidad, aunque sus miembros no se lo propongan ni se percaten de ello.

Fanatismos

De hecho, la mentalidad grupal está constituida por la opinión o el deseo unánime del grupo en un momento dado, siendo la contribución de cada uno de sus miembros inconsciente y anónima.

Paralelamente, otros de los componentes del fanatismo de nuestro vivir común que podemos observar en nuestra cotidianidad son: la falta de humanidad, la curiosidad intrusiva, la obstinación o terquedad extrema con que se defienden algunas ideas que, sacadas de contexto, son entronadas a la categoría de idea máxima o idea única, el pensamiento concreto y la búsqueda de una situación aconflictual que trate de evitar el dolor que puede provocar la confrontación con la diferencia y el cambio. De esta forma, el fundamentalismo tiene muchas voces, pero todas ellas remiten, en última instancia, a una única voz: la voz que encarna la arrogancia, la omnisciencia y el sentimiento de superioridad frente a los otros. De este modo, la idea dogmática se erige en la *Idea* por antonomasia, en la única idea verdadera que no solo ensombrece sino que aniquila al resto de las ideas, desligándose de ellas y rompiendo su articulación con las mismas. Guiado por su pasión encefalocedora, el fanático saca las ideas de su contexto originario para entronarlas y deificarlas, haciendo un uso simplificado, empobrecedor y reduccionista de ellas, hiperconcretando sus enunciados. De hecho, lo que hace que los enunciados fanáticos resulten falsos y abusivos es el modo en que la persona que hace un uso fanático de los mismos, los extrae de su contexto para someterlos a interpretaciones que preservan su propio modo de defenderse frente a un fuerte sentimiento de fragilidad interna. De esta forma, el fanático, para paliar un sentimiento de impotencia nacido de una

fuerte vulnerabilidad y desolación interiores, trata de preservar una «dialéctica diabólica de omnipotencia-impotencia» (Felis, 2011) que le conduce a considerar su verdad no solo cubierta de error, sino como una verdad eterna e inmutable que hay que preservar a través del tiempo. De este modo, el funcionamiento fanático trata de congelar el tiempo olvidando que toda verdad es, sobre todo, la respuesta que un sujeto da y/o se da a sí mismo dentro de sus circunstancias vitales.

Desde una perspectiva diametralmente opuesta a la pluralidad de sentidos y puntos de vista, el funcionamiento fanático se mueve dentro de una lógica de la exclusión y no puede aceptar lo diferente y lo diverso. Precisamente Adriana Cinello, en la conferencia que hace unos años pronunció en este mismo lugar dentro del ciclo *Masculino-Femenino: disimetría entre los sexos*, nos mostraba cómo la prevalencia de la lógica de la exclusión no solo es observable en fenómenos sociales de todos los tiempos como el colonialismo, los integristas, los nacionalismos y la xenofobia; sino que incluso la propia ciencia del psicoanálisis no se había librado del todo de ello. En este sentido, sostenía que el androcentrismo también se había colado en determinados aspectos de su producción teórica aunque, por otra parte, se hubiera acumulado un importante caudal teórico de sentido diverso. Adriana Cinello (2010) nos recordaba cómo los propios psicoanalistas también podemos tener lecturas de la obra freudiana que pueden ser acríticas y dogmáticas. En este contexto, nos mostraba cómo la lógica binaria fálica con la que el niño teoriza la diferencia de los sexos (fálico es quien posee el pene y castrado quien carece de él, desde esta lógica binaria excluyente), se reflejaba también

en la dificultad histórica de teorizar sobre la feminidad sin hacerla pasar por el tamiz de la lógica binaria fálica. Adriana Cinello, que ha estudiado en profundidad este tema a lo largo de diversos trabajos (2006, 2007, 2010), plantea que cuando esta lógica binaria fálica se instala como una teoría o concepción del modo en que se origina y organiza el psiquismo humano en lo relativo a la diferencia de los sexos, se llega a dudar de la existencia de un significante o un atributo propio de la feminidad como organizador del psiquismo en lo referente a las diferencias sexuales. De la misma manera que ella nos muestra que «la oposición fálico-castrado habla de un solo objeto que puede estar presente o no, y no de dos objetos diferentes en relación dialéctica, antitética-complementaria» (Cinello, 2010), pienso que el funcionamiento fanático también se mueve en una lógica de absolutos: una lógica del todo o la nada que busca la pureza en su realización.

Una paciente, mujer de mediana edad, me describía de una forma muy viva un estado psíquico semejante a un estado mental invadido por un núcleo fanático: «Es que, de nuevo, me veo moviéndome en absolutos: entre el todo y la nada. Es como si el punto de equilibrio me pareciera mediocre y, antes de llegar a un punto intermedio, prefiriera los extremos. Es como un estado que suplantara la idea de Dios: que es algo absoluto y total. Porque... si no lo tengo todo, es como si prefiriera no tener nada, y como que me costara que las cosas no fueran blancas o negras: lo que no es puro. Como que me costara aceptar ese punto intermedio en las cosas: esa síntesis de los opuestos».

Como ha planteado Adriana Cinello (2006, 2007, 2010), la superación de la lógica falocéntrica, que es

una lógica de poder y exclusión que se arroga el atributo del ser, nos conduce a la afirmación de la diversidad que es la base sobre la que tiene que sustentarse la convivencia entre humanos. Sin embargo, el fanatismo, naciendo de esta lógica de poder y exclusión, impone una muralla al pensamiento defendiéndolo fervientemente contra la pluralidad de sentidos y significados inherentes a la razón –razón que es vital en su esencia, como nos enseñó J. Ortega y Gasset (1914)– e inherentes a la propia vida. El fanático aniquila el problema volviendo dilemático lo problemático, y despojando el misterio de la mente. Sin poder aceptar la frustración y sin poder tolerar la incertidumbre, erige una idea única que no puede convivir con otras, al mismo tiempo que confunde la parte con el todo. «O se está con él o se está contra él», puede llegar a sentir el fanático.

Recordaba a este respecto a un paciente que, habiéndose sentido muy agraviado por un familiar, llevaba un tiempo sin hablarse con él. Mi paciente me contaba que, recientemente, había mantenido una conversación con uno de sus hermanos, que se había mostrado muy solidario y comprensivo frente al agravio que le había ocasionado este familiar. Sin embargo, mi paciente acudió a una de sus sesiones inundado por un fuerte sentimiento de rabia al enterarse de que su hermano, que tan comprensivo se había mostrado hacia él, había decidido asistir a una fiesta que organizaba el familiar que le había agraviado. «No es posible que mi hermano sea capaz de asistir a esa fiesta; si me apoyara realmente, no debería presentarse ahí», exclamaba.

El fanatismo es siempre exceso de presencia y odia: la ausencia, la duda, el cambio y la experiencia emocional como motores del pensamiento. De este modo,

el fundamentalista pervierte la búsqueda de la verdad como brújula del pensamiento en la medida en que olvida que la verdad no es un fin, sino una dirección. Ignora, en su empecinada afirmación, que no existe una única verdad, sino diversas verdades singulares que son fruto del profundo proceso que todo auténtico conocimiento de uno mismo, de los otros y del mundo comporta. Si, como señalaba Kandinsky haciendo referencia a la pintura, «una mancha es un punto expandido»; el pensamiento fanático es puntual y unívoco y se expande con facilidad. Como dicen Darío Sor y María Rosa Senet (1992, p.270-1) en su libro *El fanatismo*: «En la parte fanática de la mente, en vez de fe, hay dogmas y los dogmas son como los castores: grandes constructores de diques [...]. Una de las cosas que hacen “eternas” las ideas fanáticas es que no son “biodegradables”, no pertenecen al sistema BIO, al sistema de los organismos vivientes, al sistema de las transformaciones. La idea máxima es como un eje donde funciona una triada: el hipercausalismo, la hipercoherencia y el nivel concreto. [De este modo] el estruendo que crea la Idea Máxima disimula el vacío que le subyace. Nada creativo puede crecer a su sombra, no resta espacio. Es un vacío creado por compresión que succiona como el remolino del desagüe de la bañera, toda otra idea que pretenda crecer en su entorno. Ejerce un efecto sustractor en la mente».

Recuerdo que en una de sus sugerentes y agudas viñetas, el caricaturista Forges daba una definición del fanatismo. En esta viñeta, un hombre paseaba por el parque de una ciudad acompañado de su perro mientras pensaba: «El fanático es un hombre que se ha convertido en un robot inhumano porque la intolerancia

le ha robado la compasión». Paralelamente, el perro también decía para sí: «Tiene toda la razón, y eso que es mi amo».

Siguiendo las conclusiones a las que arribaron los psicoanalistas Darío Sor y María Rosa Senet (1992), dos psicoanalistas que han investigado este tema en profundidad, podemos vislumbrar –tal y como también nos pone Forges de relieve a través de su viñeta humorística– que las zonas de la mente donde anida el fanatismo se caracterizan por poseer los caracteres de la asimetría y la degeneración. En este contexto, se entendería por *degeneración* el deterioro de la capacidad para el contacto humano, dando cuenta este fenómeno de un área de la mente donde se presenta una especie de avería o corrosión de la capacidad para comunicarse emocionalmente con el otro. Conjuntamente, la *asimetría* se referiría a áreas donde se sostienen enunciados de superioridad arrogante sin responsabilidad por el otro. Precisamente, en las personas con funcionamientos fanáticos existe un fracaso en formar entramados simbólicos y redes de tolerancia. De este modo, los vacíos que se forman en la mente son reemplazados por la certeza de la *idea máxima*. En este sentido, podemos pensar que una pedagogía que esté basada en el mantenimiento de fuertes zonas de asimetría puede conducir al establecimiento de zonas fanáticas.

En este contexto, me viene a la mente el caso de un paciente de otra nacionalidad al que estuve tratando durante su tiempo de permanencia en España. Recuerdo que este paciente vino un día indignado a la consulta porque su hijo había regresado llorando a casa por haber sido reprendido en la clase por su maestro. Mi paciente comentó que el motivo de la aflicción del

niño tenía que ver con el hecho de que a este se le había ocurrido expresar en clase que él pensaba que el problema de matemáticas que enseñaba el profesor podía ser resuelto también de una forma diferente y que, tras hacerlo, el maestro, supuestamente, le dijo que era inadmisibles que se otorgara el derecho a cuestionar su autoridad queriendo aportar otra forma diferente de resolver el problema, algo a lo que, por otra parte, este niño estaba no solo acostumbrado en el anterior colegio de su país de origen, sino que esta actitud era algo altamente estimulado y favorecido en su entorno educativo anterior. Mi paciente, por otro lado, muy versado entre otras cosas en materia educativa, había decidido, a consecuencia de este incidente, entrevistarse con el director de este colegio para expresarle su preocupación ante lo que él consideraba –en sus propias palabras– como una «enorme y anómala muestra de intento de sometimiento a una autoridad».

Sin embargo, como en un Jano de dos caras, nos podemos encontrar también con una situación que puede crear unos efectos bastante parecidos a los originados por el exceso de autoritarismo, y esta situación es el caos por carencia de continente. Si bien, en este último caso, el problema es de una naturaleza esencialmente diferente y se parece más a los fenómenos o funcionamientos psicóticos, resulta también sumamente peligroso porque la carencia de sostén y continente crea un vacío y, precisamente, «de los vacíos suele nacer el fanatismo» (Sor, 1992). De hecho, el establecimiento de zonas asimétricas en la mente ocurre de forma particular en personas que presentan núcleos vacíos de experiencias vitales humanas. De este modo, estas

personas viven en un mundo de eventos, en vez de en un mundo de experiencias, puesto que las experiencias ya implican en sí mismas la capacidad de haber podido transformar los sucesos. De esta forma, en los núcleos o en las áreas de vacío mental nos encontramos con una especie de *vacío vaciado* –valga la redundancia– muy diferente del vacío creador que, a diferencia del primero, es un vacío que tolera la falta y la carencia, y que está ligado al asombro y a la tolerancia a la incertidumbre y a la duda que da lugar al acto creador. En el vacío al que me refero solo queda un despojo y, a veces, ni siquiera una cicatriz. Es el vacío ocupado por la *nada*, y que tanto me evoca la situación descrita por Michael Ende en la que fue una de las novelas favoritas de mi infancia, *La historia interminable*.

Esta novela comienza cuando Bastián, un niño solitario y huérfano de madre, comienza a leer escondido en el almacén de su escuela un libro robado y muy especial. A medida que se va sumergiendo en la lectura de esta novela, la historia se vuelve cada vez más real. Esta narra la historia del reino de Fantasía, que se encuentra en un grave peligro pues, por algún motivo que sus habitantes desconocen, sus habitantes y lugares están empezando a desaparecer, dejando un vacío, *nada* en su lugar. La Nada progresa a medida que la grave enfermedad que padece la emperatriz del reino de Fantasía avanza, habiendo una clara relación entre ambas y, como se descubre con el avance de la trama, también con el propio Bastián. Como nos muestra Michael Ende en su novela, cuando una persona no puede establecer y/o rompe los vínculos con el mundo interno y con sus propias fantasías, la Nada

empieza a tomar posesión de su psiquismo y puede aparecer un tipo de vacío interno sobre el que se instala el fanatismo.

De esta forma, el fanatismo se asienta en las zonas de vacío de la mente, al tiempo que confunde la parte con el todo. Paralelamente, y como consecuencia, las ideas son separadas de su vinculación con otras ideas y alejadas de los sentimientos y emociones conexas, terminando por sufrir un devastador proceso de desecación hasta quedar reducidas al vacío, tal y como le ocurría –en la novela de M. Ende– al reino de Fantasía junto con el conjunto de sus habitantes, a consecuencia de la invasión de la Nada.

Como acertadamente señaló el psicoanalista Donald Meltzer (1975), este tipo de vivencias de vacío a las que me he referido no están conformadas por experiencias sino por eventos. De esta manera, se organizan una especie de *conjunciones de eventos* constantemente adosados y adheridos entre sí formando lo que se ha denominado como *cartuchos de aislamiento* (Sor y Senet, 1992). Este término se ha tomado prestado de la egiptología, dado que en el antiguo Egipto los nombres de los faraones debían ser inscriptos en formas cerradas que los egiptólogos denominaron cartuchos reales para evitar precisamente el contacto de tan egregios personajes con otros nombres de personas o cosas comunes. De hecho, en la clínica con niños que presentan este tipo de vivencias de vacío, podemos observar en sus dibujos una marcada tendencia a dibujar universos segmentados, cerrados, aislados y fuertemente separados.

Recuerdo a un niño de ocho años que presentaba algunos de estos característicos núcleos o áreas de vacío interno que, en las primeras horas de juego exploratorias

que tuve con él, sacó de su caja de juguetes un camioncito con una cisterna desmontable. Como el niño, antes de sacarlo de la caja, había removido todos los juguetes, la cisterna se había separado del camioncito. Entonces el niño cogió con una mano la cisterna (separada del camioncito) y con la otra el camión sin la cisterna. Al encontrarse con ambas piezas separadas, las miró impactado, sin considerar si quiera que ambas podían reunirse de nuevo y exclamó disgustado: «¡Uy! ¡Esto no es un camión! ¡Ya no quiero jugar más! ¿Para qué? ¡Va a ser un aburrimiento!». Y se quedó resoplando durante un buen rato, mirando al vacío.

Este ejemplo también nos lleva a pensar en lo planteado por M. Klein (1945) en relación al concepto de integración. Tal y como ella nos mostró, el proceso de integración despierta ansiedades porque se teme que los aspectos destructivos de uno mismo puedan poner en peligro a los aspectos positivos y constructivos de nuestra persona y de nuestros objetos o figuras internas, motivo por el cual puede resultar más fácil «ver la paja en el ojo ajeno que en el propio».

En el fanatismo, diversos segmentos de la realidad interna y externa son separados radicalmente y luego aislados, hasta alinearse entre ellos efectuando una especie de traslado en la mente sin transformación alguna, dando lugar a una especie de ordenamiento petrificado cuyo eje es la idea máxima. Ahora bien, si el fanatismo implica un ataque al verdadero conocimiento y rechaza la unión con otras ideas, este también se suele disfrazar: realizando pseudoarticulaciones para pasar desapercibido y entrar aún en los círculos más difíciles de la mano de la ciencia, de la lingüística o del arte.

Como ya mencioné anteriormente, el funcionamiento fanático trata de destruir la relación simétrica entre pares (que lleva incorporada en sí misma la aceptación de la diferencia) erigiendo un tipo de vínculo asimétrico, propio del poder superior de un sujeto sobre otro. Este tipo de rasgo o característica da lugar a un funcionamiento fanático que podemos incluso vislumbrar originariamente en el juego de los niños, solo que, en este último caso, el niño cuya mente se encuentra invadida por el fanatismo no despliega un auténtico juego, sino un pseudojuego donde lo más importante para él tiene que ver con el hecho de llegar a alcanzar el poder, el triunfo, o con ganar una competición a costa de su adversario. Podríamos decir que, en estos casos, el niño no puede *jugar* en el sentido más genuino y profundo del término, en la medida en que desaparece la cualidad del *como si*, propia del juego, para adquirir este una propiedad de realidad tal que conduce al niño a establecer lo que se conoce como una ecuación simbólica (Segal, 1957), que significa confundir el símbolo con lo simbolizado, desarrollando un pensamiento concreto. Podríamos poner como ejemplos extremos de lo que sería un pensamiento concreto en ecuación simbólica los trágicos casos de niños que hemos llegado a conocer por los diarios que, creyéndose superhéroes, se llegaron a tirar desde lo alto.

Siguiendo con todo lo investigado por Darío Sor y María Rosa Senet (1992) en relación con el fenómeno del fanatismo, podemos concluir con ambos autores: que este es un fenómeno susceptible de ser despertado en cualquier individuo, que se encuentra más allá de la psicosis, pudiendo tener incluso consecuencias mucho más graves sobre el individuo y la sociedad que

las psicosis mismas, y que se trata de un fenómeno totalmente inconsciente tanto para su portador como para su receptor. De hecho, los psicoanalistas contemplamos a través de nuestra experiencia clínica diversos reductos de ideas petrificadas que pueden funcionar en el nivel de la creencia y del entendimiento como ideas máximas, algunas de ellas con carácter imperativo y otras con rasgos de réplicas clonadas del pensamiento de otros, ideas que nunca pudieron ser pensadas y, por ende, elaboradas. Por este motivo, nos podemos encontrar con sorprendentes e impactantes afirmaciones que no parecen guardar relación alguna con el aparato mental de quien está hablando. En este orden de cosas, podríamos incluso considerar diversos cuadros clínicos como la bulimia, la anorexia, y las adicciones en general, como presentando el mismo cuadro de idea máxima referida a la ingesta. De hecho, cualquier objeto puede ser usado como idea máxima como, por ejemplo, el dinero que, en tanto esté desprendido y aislado de un concepto de retribución, también puede ser altamente susceptible de un uso fanático. De la misma forma, cuando el fanatismo se aloja en el pensamiento científico también lo dogmatiza. Y continuando con este recorrido, dentro del cual nos encontraríamos con los prejuicios, que también estarían emparentados con el fanatismo, así como con la exaltación de algunos seguidores deportivos y con tantas otras manifestaciones, nos topáramos con la melancolía como el último recurso del fanatismo en la medida en que «la idea melancólica podría ser el fanatismo de la miseria humana» (Sor y Senet, 1992).

Como ilustración del modo en que una idea máxima o una idea única puede llegar a colonizar el

pensamiento, podemos pensar en el cuento del escritor argentino Julio Cortázar *Casa tomada*. Desde el comienzo, Cortázar (1951) nos cuenta cómo una pareja de hermanos deciden irse a vivir juntos a una antigua y espaciosa casa familiar de estilo colonial. En este contexto, nos dice el narrador: «Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. [...] Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos era necesaria clausura de la genealogía asentada por nuestros bisabuelos en nuestra casa». En este contexto, la casa comienza a ser «tomada» por unos intrusos y/o presencias fantasmales que conducen a estos dos hermanos a reducir su vida a una sola habitación de la casa: la habitación de Irene.

Pienso que este relato nos permite establecer una analogía entre la representación de la casa tomada por los fantasmas ancestrales descrita por J. Cortázar y el espacio mental tomado por la idea máxima o la idea única, que conduce a que en la mente solo se pueda vivir en un solo y único espacio habitado por la idea propia del funcionamiento fanático. Conjuntamente, el relato de Cortázar también nos permite vislumbrar, a través del «silencioso matrimonio de hermanos» que describe el autor, la presencia del fantasma incestuoso que planea e invade el funcionamiento fanático que, aferrándose a la endogamia, huye despavorido de la exogamia que toda idea nueva y diferente trae consigo.

Precisamente, en lo referente a su origen, Darío Sor y María Rosa Senet (1992) piensan que, más allá de posibles bases constitucionales en el propio sujeto, el

fanatismo se transmite en el vínculo intersubjetivo, de persona a persona, estando los niños particularmente predispuestos, por su vulnerabilidad y extrema dependencia, a la exposición reiterada de enunciados fanáticos. De hecho, incluso llegan a plantear que algunos funcionamientos fanáticos pueden comenzar a ser transmitidos por la madre a su bebé en el propio útero materno. Paralelamente, también recuerdan que la participación en las experiencias emocionales de los grupos humanos es una condición facilitadora del contagio fanático por el peculiar fenómeno del borramiento del pensamiento individual y crítico que pueden llegar a presentar, fenómeno tan conocido y estudiado por los expertos en grupos. Conjuntamente, en los grupos, la masa suele hallarse en un estado de asimetría con respecto al líder que propicia el desarrollo fanático, especialmente si las personas se encuentran particularmente receptivas y permeables a desarrollar este tipo de idolatría y/o idealización del líder. Justamente de todo esto, ya se ocupó Manuel Martínez en su conferencia de este mismo ciclo *Fanatismo, fascinación y seducción: el líder carismático*.

Quisiera ahora también hacer referencia a las contribuciones de la psicoanalista francesa Piera Aulagnier (1979) en relación con el tema que hoy nos ocupa, y especialmente a sus desarrollos en todo lo referente al estado de alienación y al estado pasional, que considero dos estados mentales estrechamente emparentados con el fanatismo de la vida cotidiana.

Para Piera Aulagnier (1979) existen tres destinos que la búsqueda de placer puede imponer a nuestro pensamiento y a nuestros vínculos. Estos son la alienación, el amor y la pasión.

Para esta psicoanalista, la pasión que se experimenta en las relaciones que podemos calificar como *pasionales* no implica un cambio cuantitativo en relación con el amor, sino un cambio cualitativo. De este tipo de relaciones, que impregnan nuestra cotidianeidad en mayor o menor medida, también está recorrida la literatura universal. De esta forma, las podemos encontrar a lo largo de toda la tragedia griega, en los grandes dramas de Shakespeare o en las grandes novelas románticas como *Madame Bovary*, *Ana Karenina*, *Rojo y negro*..., y en un largo etcétera que podemos extender hasta la actualidad. Mientras que la relación amorosa, en el seno de una relación de pareja, está basada en la simetría, la reciprocidad y la interdependencia entre las dos personas que la componen, siendo cada uno de sus miembros un objeto privilegiado de placer para el otro, en la relación pasional el objeto de placer o el otro con el que el sujeto se relaciona pasa a transformarse en un objeto exclusivo y en un objeto de necesidad. Para Piera Aulagnier, entonces, la relación pasional es un tipo de relación en la cual el otro o lo otro se ha convertido para la propia persona en la fuente exclusiva de todo placer y en algo enteramente necesario.

En este sentido, una relación pasional entre dos personas se puede asemejar al vínculo que un sujeto mantiene con una droga. De hecho, Piera Aulagnier (1979) diferencia tres prototipos de relaciones pasionales: la relación del toxicómano con la droga, la relación que vincula al jugador con el juego, como nos lo describe Dostoyevski en su magistral novela *El jugador*, y la relación del sujeto con el yo de otro, o sea, la llamada pasión amorosa. Quisiera aclarar que la definición que Piera Aulagnier otorga al término «pasión»

excluye la relación pasional compartida o recíproca propia de la relación amorosa. De esta forma, Piera Aulagnier se aleja de la manera en que otros psicoanalistas como Bion, por ejemplo, han conceptualizado la pasión, siendo para Bion (1963, p.13) la pasión: «una experiencia emocional intensa, sin ninguna sugerencia de violencia». Sin embargo, pienso que este tipo de experiencia a la que se refiere Bion para describir la pasión podríamos incluirla dentro de lo que Piera Aulagnier (1979) describe como relación amorosa. En este orden de cosas, si en la relación amorosa el otro es un objeto privilegiado –aunque no exclusivo– de placer, en la relación pasional el objeto de la pasión se erige como único, exclusivo, indispensable y absoluto; a la vez que en un objeto susceptible de producir un gran sufrimiento. El otro o lo otro (el juego o la droga, según el caso) pueden llegar a representar y ser *todo* para el sujeto que está preso de este tipo de pasión. Como precisa esta psicoanalista: «[Si] el objeto de la pasión es un objeto no sustituible, un objeto necesario, porque responde a un deseo que se ha convertido en una necesidad, es pasando por una relación pasional que el cachorro de hombre encuentra el amor» (Aulagnier, 1979, p.161). De esta forma, las características que definen la relación entre el niño y su madre o su representante, como objeto de deseo y necesidad a un tiempo, responden a los caracteres que definen la relación pasional.

Paralelamente, Piera Aulagnier también se ocupa especialmente de una variante de la relación pasional: la *alienación*. «Con este término defino un destino del yo y de la actividad de pensar cuya meta es tender hacia un estado aconflitivo, abolir todas las causas

de conflicto. [...] La alienación, implica y preserva un estado de total desconocimiento, por parte del alienado, del accidente sobrevenido a su pensamiento. [De este modo] la alienación supone una vivencia no nombrable y no perceptible por el que la vive. [...] El sujeto no sustituye la realidad por su fantasía ni por una reconstrucción delirante, sino exactamente por “el discurso dicho por el otro”. La realidad es tal como ese otro la define, y el sujeto es conforme a la definición que ese otro da» (Aulagnier, 1979, p.45-54).

La alienación puede estar motivada por dos situaciones diferentes. En un primer caso, la persona puede hallarse en un sistema sociopolítico y en un sistema de poder que le impiden pensar libremente, o simplemente incluso poder pensar al propio sistema y la relación con el poder que el sistema le impone. En un segundo caso, el sujeto puede tender a la alienación por razones subjetivas, alienando su pensamiento a una ideología (en la ideología de una secta, de un grupo o de un sujeto).

El primer caso se correspondería al de ciertos regímenes totalitarios en los que el sujeto no solo debe evitar pensar la realidad que percibe, sino también las fantasías que esa misma realidad puede despertarle como si de un eco se tratara. «La interdicción rige [en esos casos] un conocimiento de la realidad externa, pero también un conocimiento de la realidad psíquica: no es por casualidad que el psicoanálisis no tenga nunca derecho de ciudadanía en cierto tipo de regímenes, sean rojos o negros», dice Piera Aulagnier (1979, p.49).

El extremo de este tipo de situación ha sido magistralmente descrito por G. Orwell en su famosa novela *1984*, que dio origen al popular concepto de *Gran*

Hermano encarnado en los *reality shows* y que tan bien refleja la conocida película *El show de Truman*. En la novela de G. Orwell (1949) el Gran Hermano es el gran líder a la sombra, la persona omnipresente que trata de controlar todo a través de pantallas colocadas estratégicamente en cada esquina del mundo, así como en cada calle y en cada casa. En la novela de G. Orwell el Gran Hermano no representaría tanto a una persona, sino al reflejo de un invisible partido que ostenta el poder policíaco y que obliga a los individuos a seguir unas pautas de pensamiento. De esta forma, todos los habitantes son parte del Gran Hermano y todo el mundo puede denunciar a sus vecinos de crimen mental, que es la forma en que se denomina el delito de mostrar o dejar ver las emociones y los sentimientos humanos. Consecuentemente, si alguien es denunciado por crimen mental puede ser desterrado y apartado de la sociedad. De hecho, el propio protagonista acaba siendo torturado, procedimiento que recuerda a las infames delaciones de los regímenes totalitarios.

En este contexto, lo que nos muestra la novela de G. Orwell (1942), y que Piera Aulagnier (1979) pone de manifiesto, es que dado que el terror es ante todo una amenaza que concierne al pensamiento y, sobre todo, a lo que el yo podría pensar del propio concepto *terror*, el sueño del poder sería desposeer al sujeto de todas las posibilidades de pensar o de conocer la propia palabra *terror*, de forma que incluso se le torne imposible concebir ese concepto, aun cuando solo fuera en el sueño o en la fantasía. Ahora bien, si el estado de alienación supone la ignorancia total por parte del que la sufre, tal y como G. Orwell nos lo describe en su novela, la preservación de ese estado no conflictivo al que apunta la

alienación solo es posible a través de una proyección en el exterior de las críticas que podríamos formularnos a nosotros mismos, aunque corriendo graves riesgos. De esta forma, G. Orwell (1949) nos muestra cómo los regímenes totalitarios necesitan imponer una catarsis al odio proponiendo-imponiendo un enemigo ideal al conjunto de la sociedad.

Esta necesidad de buscar un enemigo en el que proyectar los propios temores y la propia violencia es la que con tanta belleza describe el poeta griego Constantino Kavafis en su poema *Esperando a los bárbaros*. En este poema, C. Kavafis (1948) nos describe cómo el Senado romano se encuentra en un estado de profunda inacción y, al mismo tiempo, inmerso en todos los preparativos de rigor para recibir y deslumbrar a los bárbaros que se avecinan. Pero, de pronto, empieza a reinar el desconcierto y la confusión entre el gentío, y C. Kavafis concluye su poema con estos versos: «Algunos han venido de las fronteras / y contado que los bárbaros no existen. / ¿Y qué va a ser de nosotros ahora sin bárbaros? / Esta gente, al fin y al cabo, era una solución».

Como dije anteriormente, la alienación no solo sucede en situaciones sociales extremas, sino que el propio sujeto puede tender, por razones subjetivas y por un profundo anhelo de alienación, a alienar su pensamiento, de la misma forma que hay personas especializadas en inducir este tipo de estado mental en otros: desde el líder carismático o seductor, el amante impermeable e indiferente al sufrimiento que despierta en su objeto de pasión que le detenta un apego incondicional, hasta la madre que es incapaz de permitir a su hijo que la destrone del lugar de portavoz exclusivo de los criterios de verdad, valor y realidad.

Como también señalaba previamente, el hecho de que una persona aliene su pensamiento en el que otro defiende y/o impone supone, ante todo, desinvertir y/o abandonar el propio proyecto personal y los propios ideales en provecho de una idealización masiva de un proyecto ya realizado por otro. De esta forma, tanto en el deseo de alienar como en el de autoalienación se trata de intentar excluir toda causa de duda, así como todo motivo de conflicto y de sufrimiento. Como señala Piera Aulagnier (1979, p.257): «La alienación al pensamiento y al deseo de otro supone un renunciamiento definitivo a gozar de todo pensamiento y de todo placer que demostrarían esa parte de autonomía y de libertad que el yo necesita para reconocerse pensante y deseante, y no simple eco del pensamiento o simple testigo del placer de otro».

Por este motivo, la posibilidad de poner en duda y cuestionar el pensamiento del otro y de entrar en conflicto con el pensamiento de ese otro, sin que por ello haya que temer la muerte de uno de los dos pensamientos, es una condición necesaria para la actividad psíquica. Debido a esto, es esencial para la propia estructuración psíquica del niño, a partir de un momento de su evolución, que las figuras parentales puedan reconocerle estos derechos fundamentales para su desarrollo como sujeto pensante e individual. A lo largo del desarrollo el propio yo idealizado, «su majestad el bebé» —como lo denominaba Freud (1914)—, no solo tiene que caer sino que, junto a él, también se necesita desidealizar el tiempo infantil y destronar a los propios padres idealizados de la infancia. Si esto no se produce, esas figuras parentales de la infancia siguen detentando todo el poder omnímodo que el niño les

atribuía en su fantasía, o son reemplazadas o sustituidas por otras que las encarnan. De esta forma, una persona puede llegar a mantener una relación sumamente regresiva en las referencias a las que apela en sus juicios de verdad. Por ejemplo, pensar que algo es cierto solo por el hecho de que lo dice la persona amada o idealizada es un retorno a una forma de juicio que tendría que ser superada.

Pero bajar del pedestal en que el niño colocó a sus figuras parentales implica dejar de ser la historia que el otro cuenta en su lugar, dejar de desear lo que el otro desea que él desee, y dejar de elegir exclusivamente aquellas elecciones que se le sugieren o se le imponen.

De esta forma, una paciente adolescente que consideraba a su familia como «una familia muy tradicional y permanentemente preocupada por la imagen social», sentía que se le hacía sumamente difícil dejar de estar permanentemente pendiente de todo aquello que ella creía que sus padres (así como el resto de su familia extensa) deseaban o esperaban de ella, temiendo que si no realizaba lo que ella suponía que eran sus deseos llegara no solo a perder su amor, sino a ser colocada en el lugar de la tonta, la loca o la hija indigna y despreciada dentro de su entorno familiar y su medio social.

Sin embargo, también nos podemos encontrar con que la alienación no solo se da en una posición de sumisión, sino que también puede darse en un estado de rebeldía.

En relación con este último caso me viene a la mente una paciente adolescente con un trastorno de la alimentación que llegó a desarrollar una obesidad que la hacía sentirse con falta de autoestima y femineidad. Aunque ella decía que deseaba, con mucho

anhelo, estar delgada y poner un límite a sus impulsos de comer desenfrenadamente, sentía, por otra parte que el llevarlo a cabo también satisfaría los deseos de su madre, que deseaba que estuviera delgada y dejara de comer del modo en que lo hacía. En este contexto, ella me decía: «Es que... yo creo que el estar delgada no solo supone darme gusto a mí, sino dar también gusto a mi madre y esto me confunde».

Como diría el psicoanalista René Roussillon (2007, p.20-21): «[Estos casos dan cuenta de la imposibilidad de pronunciar] un “no” profundo que les permita evitar la alienación de las posiciones de sumisión o de rebelión (las cuales, la mayoría de las veces atestiguan la derrota del sujeto al decir un “verdadero” no, que no sea un no superficial, un no paradójal de complacencia)».

De esta forma, mi paciente no podía apropiarse de su genuino deseo de adelgazar y sentirse más mujer, al tiempo que no podía pronunciar un *no profundo* que la llevara a separarse y diferenciarse de su madre de una manera global e integral, sin quedarse *pegada* a ella a través de su síntoma y de las permanentes discusiones con ella que su trastorno de alimentación le ocasionaba.

Por último, quisiera hacer también alusión a lo que considero un fenómeno bastante común, y que podríamos denominar como *la escucha fanática o la fanatización de la escucha*. Si, como nos mostraba el poeta C. Kavafis, los seres humanos necesitamos proyectar a nuestros bárbaros internos en el exterior, yo me pregunto: ¿cómo intervendrán en nuestra escucha *los dioses fanáticos* –como los denominaba la psicoanalista Rebeca Grinberg (1986)– que todos llevamos

dentro y que nos hacen desear una respuesta única, que no ofrezca dudas, incontrovertible? De este modo, es un hecho cotidiano, observar no solo en los continuos debates televisivos entre oradores y políticos de diverso signo la continua tergiversación o malinterpretación de las palabras del adversario o del interlocutor, sino también en nuestros debates cotidianos entre colegas y amigos. Por este motivo, muchas veces las personas podemos sacar de contexto las palabras de los otros transformándolas en proposiciones que poseen las mismas características de los imperativos categóricos y/o de los postulados fanáticos sin que, necesariamente, este tipo de funcionamiento caracterice el discurso o responda a las intenciones del emisor del mensaje originario. Este fenómeno cotidiano lo podríamos describir como un intento de revestir la palabra del otro con un ropaje fanático que configura la propia escucha del receptor.

Quisiera terminar mi exposición con las palabras de dos psicoanalistas que considero que permiten esclarecer e iluminar las tinieblas a las que pueden conducirnos las áreas y funcionamientos fanáticos de nuestra mente.

En el año 2002, Carlos Paz, en un debate en la APM sobre la fantasía inconsciente, precisaba el modo en que el esclarecimiento de los términos «unívoco», «equivoco» y «análogo» nos podía permitir aclarar algunos aspectos de nuestros debates en torno a las teorías psicoanalíticas. Él nos recordaba los alcances de estos términos precisando: «Unívoco: dicese de lo que tiene igual naturaleza o valor. Equívoco: palabra cuya significación corresponde a diferentes cosas; que puede entenderse o interpretarse en varios sentidos o que

puede dar lugar a juicios diversos. Análogo: relación de semejanza entre cosas distintas». Y Carlos Paz concluía, a este respecto, de la siguiente manera: «Y tal vez sea una exigencia de lo unívoco o un atrapamiento en lo equívoco lo que nos problematice».

En consonancia con estas palabras de Carlos Paz, quisiera concluir también con las palabras de Rebeca Grinberg (1986, p.55) de su artículo *Los obstáculos para la terminación del análisis. El funcionamiento fanático*: «En el proceso de conocimiento, una idea puede ser iluminada desde distintos puntos de vista. Cada vértice aclara una parte del problema y deja en adecuada penumbra otras zonas. Si se describe un objeto desde distintos ángulos, se logra una conjunción de perspectivas, sombras, reminiscencias, verdades y dudas que hacen del aprendizaje una experiencia de crecimiento, dotada del innegable componente estético del descubrimiento».

Bibliografía

Aulagnier P (1979). *Les destins du plaisir, aliénation-amour-passion*. París: Presses Universitaires de France. *Los destinos del placer*. Alienación, amor, pasión. Buenos aires: Paidós, 1994.

Bion W (1957). *On arrogance. Second thoughts*. Londres: William Heinemann: 86-92, 1967.

Bion W (1961). *Experiencias in groups and another papers*. Nueva York: Routledge, 1989.

Fanatismos

Bion W (1963). *Elements of psychoanalysis*. Londres: Karnac, 2005.

Castellano E (2015). Intervención en uno de los debates del ciclo «Fanatismos» celebrado en el Círculo de Bellas Artes de Madrid durante los meses enero-junio de 2015.

Cinello A (2006). En torno a una cualidad sin nombre. Una reflexión sobre la femineidad en Psicoanálisis. *Rev Psicoanál APM* 47: 187-200.

Cinello A (2007). Del continente olvidado, continuación de una reflexión sobre lo femenino en psicoanálisis. *Rev Psicoanál APM* 51: 97-114.

Cinello A (2010). *¿Existe un significante del sexo femenino?* Conferencia pronunciada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el día 7 de julio de 2010 dentro del ciclo «Masculino-Femenino, disimetría entre los sexos».

Cortazar J (1951). Casa tomada. *Bestiario*. Buenos Aires: Sudamericana.

Cruz M (2015). Visto uno, vistos todos. *El País*, 30 de marzo de 2015.

Ende M (1979). *Die Unendliche Geschichte*. Suttutgart: Thienemanns Verlag. *La historia interminable*. Madrid: Alfaguara, 1982.

Felis A (2011). *Una mirada sobre la identitat i el fanatisme. El divan al carrer*. Cicle de reflexions psicoanalítiques. Valencia: Col·legi Major Rector Peset, 24 de mayo de 2011.

Forges (2015). Viñeta del 9 de enero de 2015. *El País*.

Freud S (1914). Introducción al narcisismo. *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva 2: 2017-33.

- Grinberg R (1986). Los obstáculos para la terminación del análisis. El funcionamiento fanático. *Rev Psicoanál APM* 3: 43-62.
- Huxley A (1932). *Brave New World*. Glasgow: Collins, 1990.
- Kavafis C (1948). *Poesías completas*. Madrid: Hiperión, 1976.
- Klein M (1945). Narrative of a child analysis. *Writtings IV*. Londres: Hogarth Press.
- Machado A (1940). *Poesías completas*. Madrid: Espasa Calpe, 1994.
- Marina JA (2004). *La inteligencia fracasada. Teoría y práctica de la estupidez*. Barcelona: Anagrama.
- Martin AM (2015). *Fanatismo y familia*. Conferencia pronunciada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el día 11 de febrero de 2015 dentro del ciclo «Fanatismos».
- Meltzer D (1975). *Explorations in autism*. Perthshire: Clunie Press.
- Moreno E (1995). Problemas de contratransferencia y otras consideraciones en la relación de «la» analista con «la» paciente, hoy día. *Rev Psicoanál APM* 21: 9-30.
- Ortega y Gasset J (1914). *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1969.
- Orwell G (1949). *Nineteen Eighty-Four*. Londres: Harvill Secker. 1984. Madrid: Austral, 2010.
- Oz A (2003). *Contra el fanatismo*. Madrid: Siruela, 2007.
- Paz C (2002). La fantasía inconsciente y el aquí y ahora de la APM. *Documentos Internos de la APM*. 3: 77-105.

Fanatismos

Roussillon R (2007). La perlaboración y sus modelos. *Rev Urug Psicoanál* 105: 7-25.

Segal H (1957). Notes on symbol formation. *Int J Psychoanal* 38: 391-7.

Sor D, Senet MR (1992). *El fanatismo*. Chile: Ananké.